

VIAJE AL CORAZÓN DEL MEDITERRÁNEO

RAMÓN VILLERÓ

Viaje al corazón del Mediterráneo

Autor: Ramón Villeró

Diseño y fotografía de la cubierta: Viajes Magazine

© Ramón Villeró

Primera edición digital. febrero 2012

ISBN: 978-99920-1-893-4

Índice

NOTA DEL AUTOR

Verano en la isla

El mensaje

Brian

Otoño en Barcelona

La carta de América

La voz

El corazón del Mediterráneo

Días de invierno

Mar adentro

Epílogo

A Sylvia, mi mujer

NOTA DEL AUTOR

“Viaje al corazón del Mediterráneo” cuenta una historia real. Los hechos narrados sucedieron en 1990 y empezaron cuando Sylvia lanzó al mar un mensaje en una botella.

Tan solo he cambiado algunas circunstancias de mi vida que no afectan al contenido de la novela ni a su desenlace.

VELAS *
(1899)

Los días del futuro se alzan ante nosotros
como una hilera de velas encendidas –
doradas, vivaces, cálidas velas.

Los días del pasado quedaron tan atrás,
fúnebre hilera consumida
donde las más cercanas aún humean,
velas frías, torcidas y deshechas,

No quiero verlas; su aspecto me aflige,
me aflige recordar su luz primera.
Miro ante mí las velas encendidas.

No quiero volverme, y estremecerme al contemplar
qué rápidamente se alarga la hilera sombría,
qué rápidamente crece con sus velas ya consumidas.

(Konstantino Kavafis)

* Traducción de José María Álvarez
Ediciones Hiperión S. L.

I

Verano en la isla

Esta historia empieza en un lugar del Mediterráneo, cerca de la isla de Menorca. El sol acaba de ocultarse. Sylvia y yo navegamos a bordo del *Ganesh*, un velero de nueve metros de eslora. Sopla una brisa suave; la vela mayor y el génova portan el barco rumbo a Barcelona.

La estela del *Ganesh* nos aleja no solo de unas vacaciones vividas con intensidad, sino también de nuestra convivencia. Sylvia sabe que mañana, dentro de unas horas, el sueño se acabará. Volverá a vivir en su piso, en la calle Sant Eusebi, con Marc y Joan, sus hijos de ocho y diez años, mientras yo estaré en otra parte, en otra casa de la misma ciudad.

Nuestra relación vive el presente en un espacio idílico: un mes de vacaciones navegando por el Mediterráneo, lejos de la realidad de Barcelona. Un mes de aquellos en los que el tiempo parece detenerse, y, en cambio, pasa más rápido de lo habitual. Lo vivimos los dos, pero cada uno de nosotros ve el futuro de manera distinta. Aquí todo es fácil, extremadamente fácil; pero resulta complicado imaginar que esa facilidad pueda prorrogarse cuando llegemos a Barcelona. La convivencia en el mar, las noches amables de travesía, las tardes en las que se navega sin rumbo determinado y dos personas se encuentran y se equilibran con el paisaje, no tienen nada que ver con la vida en la ciudad, donde cada uno de nosotros vive circunstancias muy distintas.

—Mañana veré a mis hijos —dice Sylvia para salir de la incertidumbre, para huir de ese vacío que a medida que pasen los días en Barcelona, irá ampliándose. Lo sabe ella. Lo sé yo; y también sé que solo yo puedo remediarlo.

—Es normal que los echas de menos —digo para alejarme de mi

cobardía, para huir de mi falta de definición—. Hace casi un mes que están fuera.

Vuelve el silencio. La isla se pierde por popa. No hace falta hablar para seguir el rastro de nuestros pensamientos. Ella sabe que el sueño podría continuar en Barcelona, que nada impide que podamos vivir juntos. Yo, el navegante, el periodista, el escritor que habla de necesidad de espacios, soy ciego al futuro de los sentimientos. No quiero responsabilidades.

Sylvia mira hacia la isla. Hace un rato que se ha puesto el sol y ya se ven las luces de los faros de Artutx y Punta Nati, y, más lejos, hacia el sur, Formentor en la isla de Mallorca. Está sentada en la bancada de estribor, a barlovento. Viste una tela de batik, atada con un nudo a la espalda. Puedo adivinar cada rincón de su cuerpo, pero ahora me siento incapaz de mirarla a los ojos; si lo hiciese me encontraría con una tristeza insondable, acaso disimulada, tapada por el azul del mar. También lo sabemos los dos, y, por eso, ella mira hacia Menorca, mientras yo, acodado en la escotilla que da acceso al interior, intento enmarcarla en una visión más amplia, donde Sylvia se confunde con el Mediterráneo y la popa del *Ganesh*.

Conforme la noche avance, los ojos de Sylvia se volverán brillantes, como las estrellas que chispean en el cielo. Más adelante, en las cortas tardes de otoño e invierno, ya habrá tiempo para asimilar y comprender la tristeza.

Escucho el roce del agua en el casco del barco. Al cabo de un rato, Sylvia se gira y se encuentra con mi mirada; sus labios dibujan una amable sonrisa.

—Es la última noche. Deberíamos preparar una cena especial. ¿Cómo estamos de provisiones? —pregunta.

—Creo que tenemos de todo...

Ganesh, con el piloto automático conectado a la caña, navega con comodidad. El gregal continúa suave y constante; las condiciones meteorológicas, estables. Todo hace prever una travesía tranquila hasta Barcelona.

Sylvia se reincorpora. Entramos en la cabina y juntos exploramos el vientre del velero. Todavía nos quedan dos botellas de vino blanco, pan, queso, jamón, aceite, tomates y cien gramos de alcaparras; provisiones

suficientes para preparar una buena cena.

De alguna manera *Ganesh* siempre ha sido el centro de nuestro pequeño mundo. La intimidad entre dos personas empieza cuando cada una de ellas se entrega a la otra; en nuestro caso, el barco fue el escenario escogido para el inicio de nuestra relación.

Durante el solsticio del anterior verano, yo había invitado a Sylvia a navegar durante cinco días; ella no se lo pensó dos veces, y, a bordo del *Ganesh* desplegamos nuestro afecto. Yo empezaba a liberarme de los prejuicios que un hombre de treinta y cinco años puede tener ante una mujer de casi la misma edad con dos hijos, y aceptaba el devenir.

Navegamos, junto a Ricardo y Nicolás, y sus respectivas parejas, rumbo a Menorca. Aquella fue la primera vez que Sylvia y yo vimos juntos el nacimiento de la isla desde el mar. Noche de San Juan que se consumía en el calor de nuestros cuerpos y nos descubría y acercaba a un lenguaje común. Noche de fuego sobre el propio fuego que encendía la pasión, lejos del bullicio, los cohetes y las multitudes de anteriores fiestas. Aquí todo era silencio, balanceo, aliento, mientras *Ganesh* hendía el mar rumbo a Menorca.

Ricardo y Nicolás, mis amigos, vivían con Mónica y Rosa, sus respectivas parejas, otra experiencia, diferente, no contrastada con nuestra eclosión. Si ahora pienso en las horas vividas aquellos días, en mi memoria apenas queda recuerdo de mis amigos. Los cinco días se nutren del afecto de Sylvia, del espacio en la exigua cabina de proa, un triángulo mínimo; imágenes de la escotilla por donde entraba la luz de luna, de esa misma salida y de la amplia vista al mar exterior.

La escotilla de proa era el umbral, la puerta de entrada a nuestro mundo. El ojo de *Ganesh* que nos mira. Me entrego. Muy bien, he ido más lejos, pero todavía queda un largo camino por recorrer. No es que me entregue con condiciones, me entrego sin ellas, pero no quiero precipitarme. Asumo que desde este instante Sylvia es mi mujer, mi compañera, mi pareja, pero

sin que el tiempo me apremie.

Acabamos de repasar las provisiones y las ponemos sobre la mesa del salón.

—Déjame a mí —dice Sylvia—. Me apetece preparar la cena.

Miro el reloj de bitácora. Pasan unos minutos de las nueve y media. A las diez quiero sintonizar radio Marsella para escuchar el parte meteorológico. Mientras tanto salgo afuera para echar un vistazo al barco.

—¿Dónde quieres cenar? —pregunto— ¿En cubierta o en el salón?

—Mejor dentro. Déjame a mí y no te preocupes que yo me encargo de todo.

Salgo a cubierta. Ha oscurecido. Me aseguro de que funcionen las luces de situación; después compruebo que el ancla esté bien sujeta. Regreso a la bañera; amollo la escota de la mayor, desplazo la guía un palmo a babor y vuelvo a fijarla. Ahora la mayor recibe mejor el viento y la corredera marca cuatro nudos y medio. A continuación lasco la escota del génova y *Ganesh* gana algo más de velocidad. Navegamos de través, prácticamente sin escora. El anemómetro marca diez nudos de viento aparente y el mar está algo rizado, aunque no parece que tenga intención de embravecerse.

A flor de agua, en el remolino que deja la estela del *Ganesh* empieza a verse la fosforescencia del plancton. La luna, delgada y frágil, acaba de ocultarse por el oeste y las estrellas nacen brillantes. Será una de aquellas noches en las que se puede navegar guiándose por la Vía Láctea.

Vuelvo a entrar en la cabina y busco la linterna, guardada al lado de la mesa de cartas. —

—¿Va todo bien, Ramón? —pregunta Sylvia— ¿El mar sigue igual?

—Eso parece. De todas formas, dentro de un rato escucharé la radio por precaución; aunque tengamos el parte favorable del club Náutico de Ciutadella no estará de más saber que dicen los franceses. Enseguida estoy contigo.

De nuevo en cubierta, abro el pañol de velas. Estibo las defensas y la funda de la mayor al fondo del compartimiento, y dejo los dos focos a

mano, por si más tarde tengo que reducir el velamen. *Ganesh* es un velero de fibra, pero no tiene todas las ventajas de la modernidad. Bien quisiera yo que dispusiese de enrollador; pero no es así y si el viento refresca no queda más remedio que tomar rizos a la mayor y cambiar la vela de proa.

Me siento en la bancada de babor y me fijo en el rumbo que marca el compás; oscila entre los 313 y los 318 grados, manteniéndose la mayor parte del tiempo en el rumbo marcado: 315 °. El piloto automático responde sin esfuerzo; señal de que *Ganesh* lleva las velas bien equilibradas.

Vigilo el horizonte y, después de comprobar que no hay ningún barco a la vista, vuelvo a la cabina.

Veo la mesa preparada. Me doy cuenta de que ya pasan cinco minutos de las diez. Cuando consigo sintonizar radio Marsella están acabando de dar el parte. Escucho como se espera un golpe de viento, la entrada de una fuerte tramontana, dentro de doce horas en el sector oeste del Mediterráneo. No hay pues de qué preocuparse; si todo marcha según lo previsto, mañana por la tarde estaremos en el puerto de Barcelona.

—La cena está lista —dice Sylvia—. ¿Abres el vino?

Mientras me aplico en descorchar la botella, reparo en el hecho de que durante la última media hora no he pensado en otra cosa que el buen funcionamiento del barco. No existía el futuro, ni responsabilidades difíciles de asumir; yo era una prolongación del *Ganesh*, una extremidad suya, y, ahora, al mirar a Sylvia, pienso que también ella ha sido absorbida en los preparativos de la cena; otra extremidad del mismo cuerpo. Me gustaría preguntarle si ella piensa lo mismo, pero me abstengo.

La mesa está adornada con elegancia; el estado de la mar permite una cena plácida. Sirvo dos copas de vino. Antes de brindar, Sylvia dice:

—No tires el corcho. Después voy a necesitarlo.

Veinte días antes, en el pantalán del Marítimo de Barcelona, estibábamos las provisiones y el equipaje por entre los compartimentos y cofres del velero. Era la primera vez que Sylvia y yo emprendíamos la travesía a

Menorca en solitario. Antes habíamos navegado en algunas ocasiones hacia Sitges, o en dirección norte hasta la Costa Brava. Ahora, los días que teníamos por delante eran diferentes. Ella había dejado a los niños con sus abuelos durante las vacaciones y disponíamos de todo este tiempo para navegar.

Durante tres semanas aprendimos de nosotros, del mar y de la navegación. Tuvimos tiempo para circunnavegar la isla de Menorca, intercalando el fondeo en pequeñas calas con sucesivos amarres en los puertos de Ciutadella, Fornells, Addaya y Maó.

La primera bahía donde pasamos la noche fue cala Pregonda. Cuando arribamos, hacia el mediodía, había un par de veleros de bandera francesa y algunas barcas. Más tarde, mientras preparábamos la comida, cala Pregonda se fue llenando de mallorquinas y lanchas fuera borda. Al atardecer, nos quedamos solos.

La luna llena ascendió hasta el azimut. Estirados sobre cubierta, Sylvia me decía que le gustaría detener la luna, porque tan pronto fuese nueva y la noche estuviese tachonada de estrellas estaríamos iniciando el retorno a Barcelona: era la representación gráfica de su añoranza, de una añoranza que más adelante yo conocería mejor, añoranza, que quizá por las circunstancias que se relatan en esta historia, se convertiría en parte inseparable de mi vida. Pero esta noche en la noche de cala Pregonda, la añoranza que Sylvia manifestaba me parecía cristalina; porque mostraba su fragilidad y yo solo me fijaba en su brillo; porque su voz todavía no hablaba con tristeza.

Cuando despertamos, el sol ya estaba alto; enseguida levamos anclas y partimos rumbo a cala Nitja. Navegábamos con el génova ligero y la mayor arriada, tomado un viento fresco por la aleta. A las cuatro de la tarde doblamos la punta de Es Verni y un rato después enfilamos hacia cala Nitja.

No había nadie; el lugar estaba iluminado por una luz especial. Dirigí el barco al centro de la bahía, y una vez nos pusimos proa al viento, nos

dispusimos a fondear.

—¡Ahora!

Sylvia largó el ancla. Cuando el hierro tocó fondo, di marcha atrás unos quince metros. A continuación, ella aseguró la cadena. Una vez fondeados y con el motor parado estuvimos unos minutos sentados en la balconada de proa. El silencio de la bahía estaba impregnado por la luz amarillenta de la tarde: el lugar invitaba a quedarse. Así, que una vez comprobamos que el velero no garreaba, decidimos pernoctar en la rada.

Cala Nitja es un fondeadero que ya había servido como puerto natural en la época que los griegos comerciaban por todo el Mediterráneo. Es una bahía abierta, de manera que siempre se puede salir si amenaza mal tiempo para ir a buscar protección al otro lado de la isla, o para escaparse de los posibles asaltantes. Sea como fuere, el lugar invitaba a la exploración de antiguos vestigios arqueológicos, y pasamos la tarde buceando, mirando el fondo de algas, con la ilusión de un niño que busca una ánfora, un tesoro que solo existe en su imaginación.

Aquella misma noche, al amparo de cala Nitja, Sylvia hablaba y se liberaba de años de silencio.

Habla con cariño de Salvador, su padre, a quien apenas recuerda. Conserva algunas fotografías que le había dado su madre. En una de ellas, me la enseña en cala Nitja, Sylvia, con apenas tres meses, está en brazos de su padre, al lado de un viejo laúd.

—No sé si de aquí viene mi atracción por el mar —dijo Sylvia—; más bien tendría que temer al viento y al mar, al mismo mar que se llevó a mi padre cuando yo todavía no había cumplido cuatro años. También es extraño que apenas recuerde a mi padre y que sí tenga una imagen permanente de la angustia de mamá; quizá porque la angustia, el sufrimiento de la ausencia, desde que él desapareció hasta que murió mi madre, se extendió por toda la casa. Parecía que cualquier día mi padre podría regresar, pero nunca sucedió. Desapareció con un golpe de tramontana, y nunca encontraron el cuerpo, ni la barca. Años más tarde

corría por Cadaqués el rumor de que había huido a América, que si alguien le había visto en Venezuela, que si había empezado una nueva vida, abandonando a su mujer y a su hija. Yo sé que no es verdad. Lo sé por el convencimiento y la integridad de mi madre, por su confianza ciega en su marido, por una fidelidad que se mantuvo inalterable hasta su muerte.

Sylvia continua explicando su vida. Cuando tuvo edad para empezar los estudios universitarios, Albertina, la madre, la envió al barrio de Horta en Barcelona, a casa de unos tíos. Pero la misma añoranza que Albertina sentía por su hija, como un acto reflejo la sentía Sylvia por su madre y, en poco menos de dos años, el futuro universitario empezó a quebrarse. La futura farmacéutica dejó los estudios antes de concluir el segundo curso.

De carácter enfermizo, Albertina, trató de convencer a su hija para que retomase la carrera, pero Sylvia no dio el brazo a torcer y decidió quedarse en Cadaqués.

—Entonces apareció Juan Brossa —explica Sylvia—. Le conocía desde que éramos niños, de cuando su familia veraneaba en Cadaqués. Era un hombre alegre y divertido; estudiaba diseño gráfico y le encantaban los deportes y el motociclismo. Una persona activa que me permitía esconder mi propia timidez y acrecentar mi seguridad. La muerte de mi madre precipitó los acontecimientos. Nos casamos enseguida y fuimos a vivir a Barcelona.

>>Nuestra convivencia duró apenas un par de años. Él empezó a alejarse de mí sin ningún tipo de explicación. Mantenía su optimismo con los amigos, pero conmigo siempre estaba de mal humor. Me recriminaba que el nacimiento de Marc, nuestro primer hijo, le había hecho perder contacto con el mundo de las motos. Nunca estaba en casa y un buen día, cuando yo volví a quedarme embarazada, me dijo que se iba a trabajar a los Estados Unidos. Puede decirse que nunca más supe de él. Su reacción me parece, todavía hoy, inexplicable, pero no voy a juzgarle. Nunca más se interesó por mí o por sus hijos. De un día para otro me encontré sola, con dos niños: un recién nacido y otro de dos años. Una mujer perdida en la ciudad. Y, como un seguimiento de lo que había sido la vida de mi madre, me dediqué íntegramente a la educación de mis hijos, sin preguntarme qué había sido de mi marido.

>>Descubría demasiado tarde que detrás de aquella desmedida pasión de Juan por el deporte no había más que superficialidad. De repente me había convertido en una persona frágil que ocupaba todo el tiempo entre los trabajos que podía conseguir y la educación de los niños. Quizás en aquella época me hubiese gustado regresar a Cadaqués, pero ya era demasiado tarde; casi sin pensarlo habíamos vendido la casa de mis padres y el dinero había servido para comprar el piso en Barcelona. No podía volver atrás. Me daba cuenta de que mi supuesta seguridad, aquella que había construido junto a Juan Brossa, se desmoronaba. Tenía miedo de salir a la calle, miedo a conocer gente; en definitiva, miedo a enfrentarme al mundo; y me recogía en el piso, en el trabajo —cuando lo había— y en el mundo de mis hijos.

>>Marc y Joan, el pequeño, fuera del trabajo, ocupaban todo mi tiempo, y si en algún momento podía escapar, me convencía de que no valía la pena. Estuve prácticamente siete años sin salir de casa. No quería ver a nadie y me aburría hablar con la gente. Los padres de Juan siempre se portaron bien conmigo y me animaban a que les visitase, pero yo, sin hacerles culpables de cuanto había ocurrido, me sentía distante y rehusaba su compañía.

>>El día que tú y yo nos conocimos, salí a tomar una copa porque una amiga insistió. “No puedes quedarte todo el día en casa. Acabarás consumiéndote”, me decía.

La noche avanza sobre cala Nitja. Sylvia parece cansada. Le propongo un baño. El agua está templada, el mar en calma: la luz de la luna permite que nos veamos el uno al otro.

— ¿Es verdad lo que me dijiste días después? —le pregunto,

—¿A qué te refieres?

—Al sueño. La noche en que celebré mi treinta aniversario, dijiste que al verme por primera vez, estabas segura de haber soñado conmigo.

—Sí. Es cierto. ¿Porqué no iba a serlo? ¿O es que acaso está prohibido soñar con la gente que vas a conocer?

—Cuesta creerlo —digo, con afecto.

Nadamos en la soledad de la cala. Pienso que también este momento podría ser un sueño. La superficie está tan plana que nos movemos despacio, sin romper el espejo del mar.

A partir de aquí, los días pasaron con intensidad y rapidez. Acostumbrábamos a navegar cerca de la costa, y alternábamos las noches en puerto con días enteros fondeados en las calas.

En Maó fuimos a cenar al restaurante del Marítimo, pero solo permanecimos un par de horas en tierra. *Ganesh* era nuestro hogar. Recuerdo el regreso al barco con el chinchorro. Yo remaba y el viento que se había instalado en la bahía nos impedía avanzar. Llevaba más de media hora bogando contra el viento cuando apareció la lancha auxiliar de otro velero fondeado que nos remolcó hasta el *Ganesh*. Le agradecemos la ayuda. “En otra ocasión será al revés” dijo el marino. Luego, el viento arreció y hacia las dos de la madrugada tuvimos que levar el ancla y fondear al otro lado de la bahía.

Al día siguiente zarpamos rumbo a la isla del Aire, donde nos quedamos un par de días. De noche no había nadie. Éramos los únicos habitantes de la isla. Estábamos solos, pero comunicados con el mar. Entre nosotros y el Mediterráneo se establecía un antiguo pacto. Entendíamos aquella antigua sentencia que habla de tres tipos de hombres: vivos, muertos y marineros.

Fondeamos en cala Coves, Son Saura y otros rincones de Menorca. En Son Saura, coincidimos con el navegante que nos había ayudado en el puerto de Maó. De noche cenamos en su velero y pasamos una entretenida velada, escuchando las aventuras de una pareja que llevaba tres años navegando por los mares del mundo.

Los últimos días, antes de regresar a Barcelona y aprovisionarnos en Ciutadella, fondeamos en la cala des Morts, una cala profunda y solitaria, situada al norte de la isla. En este lugar, bajos las rocas del acantilado a ras de mar, hay una cueva submarina a la que se puede acceder con el bote.

Ganesh está amarrado por popa a la abrupta pared del acantilado. Nadamos hasta la cueva. Allí el agua forma reflejos fosforescentes en nuestros cuerpos. Veinte metros más adelante la gruta vuelve a ensancharse y abrirse al exterior por su parte superior. Jugamos en el círculo, donde por entre un amplio agujero en las rocas se filtran los rayos de sol. En este

lugar hay un pequeño túnel submarino que conduce a otra cala. Para cruzar es necesario aguantar la respiración unos treinta segundos. Buceamos juntos y salimos al otro lado. Allí la mar está movida y el oleaje nos empuja hacia las rocas. Enseguida tomamos aire, nos sumergimos y regresamos al claro de la cueva. Al llegar, la expresión de Sylvia ha cambiado. Piensa en el futuro, porque ya los días de vacaciones terminan; mañana iniciamos la travesía a Barcelona. También nuestra vida parece un túnel subterráneo que separa dos mundos diferentes. Pronto dejaremos de ser marinos, de ser libres, y retornaremos al mundo de los vivos y de los muertos.

Por la noche me dice que, en el fondo, yo transmito, por muy alegre y optimista que pueda parecer, un pozo de tristeza del que ella no es capaz de averiguar su procedencia; dice que en las palabras que escribo aflora la tristeza, sin que yo sea consciente.

Protegidos por la cala dels Morts descubro que los dos somos muy diferentes, pero también compatibles; que si mi optimismo esconde tristeza, la tristeza de Sylvia solo es una máscara que oculta pasión por la vida.

Escrito en la pared de una torre en el pueblo de Vallvidrera, cerca de Barcelona, hay un poema, al lado de un reloj de sol. Nunca lo he olvidado. Dice:

*De presa fugen les hores
De pressa i no volen tornar
Aprofita les hores dels encants primers
Aprofita l'hora que no tornarà més.*

(Deprisa pasan las horas/ deprisa y no quieren volver./ Aprovecha el encanto de las primeras horas/ aprovecha la hora que no volverá más.)

Sin saber porqué, lo recito de memoria la última noche que pasamos fondeados en cala del Morts; se me escapa de entre los labios.

—¿Lo ves? Detrás de tu alegría, de tu optimismo desmesurado, asoma la

melancolía. No solo lo puedo ver en tus cuentos y en tus poemas; también lo puedo ver en tu mirada.

Pero yo pienso que la tristeza solo tiene relación con los días que se van, por eso me ha venido aquella frase a la cabeza. El futuro, tal como escribió Kavafis, es una larga hilera de velas encendidas.

Recito de memoria una parte del poema:

—Los días del futuro se alzan ante nosotros, como una hilera de velas encendidas —doradas, vivaces, cálidas velas. —digo.

La mirada de Sylvia esconde ternura y también rabia contenida. Se queda, un momento, pensativa,

—Sí, quizá sí —dice—. Pero nuestra historia es como el cuento de la Cenicienta. Cuando llegemos a Barcelona sonarán las doce campanadas. Y nuestro viaje habrá sido como el baile de palacio en un país inexistente.

La última noche, en medio de la travesía entre Ciutadella y Barcelona, brindamos una vez más por los días de vacaciones y Sylvia se esfuerza por no pensar en el futuro. Hace un rato que hemos acabado de cenar. Sylvia ha desconectado el piloto automático y lleva el timón. La luz del compás ilumina levemente su cara.

—Nunca olvidaré este viaje —dice.

—Para mí también será difícil. Podríamos seguir navegando, dirigirnos hacia...

—Sabes que no es posible —me corta Sylvia—. De todas formas ha sido bonito mientras ha durado. Perdona por lo que te dije ayer en cala dels Morts. No ha sido un viaje a un país inexistente.

A medianoche me quedo solo en cubierta para cubrir la primera guardia. Acostumbramos a hacerlo de esta manera; a mí siempre me ha gustado navegar bajo la luz de las estrellas, y Sylvia toma el relevo con las primeras luces del alba. Cuando empiece a clarear, la despertaré.

A veces vigilo en silencio, tumbado en la bancada de popa; otras, conecto el pequeño transistor de FM y escucho música. Las canciones, las baladas, el espacio, la noche, todo adquiere un significado distinto en el

mar; cualquier melodía, cualquier trozo de cielo, con estrellas o luna, es magnífico mientras se navega. El hombre es un pequeño punto de luz en medio de la oscuridad; te sientes, al mismo tiempo, diminuto y parte inseparable del mundo, mientras esa melodía vuelve todavía más agradable la navegación.

Durante las cinco horas que permanezco en cubierta solo diviso las luces de un barco que navega con rumbo noreste –a unas dos millas de distancia por estribor–, un avión que vuela más bajo de lo habitual, y, hacia las tres de la madrugada, un barco de carga, probablemente un petrolero, con el que parezco llevar rumbo de colisión. Lo observo durante unos minutos, tomando como referencia el candelero del *Ganesh*. Permanece siempre en el mismo ángulo y su luz roja se va haciendo más visible. Al cabo de un rato lo tengo prácticamente encima, y, a pesar de la oscuridad, puedo distinguir el perfil de su casco. Vuelvo a desconectar el piloto automático, manejo el timón y me dejo caer a sotavento. El petrolero no varía su rumbo y cruza por mi proa a unos cincuenta metros de distancia. Acto seguido *Ganesh* da una serie de pantocazos y hunde la proa contra las olas creadas por el mercante.

Bajo a la cabina y observo que Sylvia continúa dormida. Al regresar a cubierta me pongo de nuevo los auriculares. Catalunya Radio da la previsión del tiempo, y, aunque no habla del estado de la mar, confirma la llegada de la tramontana para el día siguiente. Estamos a unas setenta millas de Barcelona y el gregal se mantiene estable. La previsión del parte del club Náutico de Ciutadella sigue siendo correcta.

Son las cuatro de la mañana, y desde ahora hasta que me vaya a dormir y Sylvia me remplace, no veré ningún otro barco; también el Mediterráneo es un mar amplio.

Me mantengo conectado a la FM y la música me ayuda a vencer el sueño. Sobre las cuatro de la mañana la fuerza del viento aumenta hasta marcar dieciocho nudos en el anemómetro. Navegamos de través y decido amollar las escotas; de momento, no cambio las velas. *Ganesh* es un velero ardiente y celoso, propenso a ponerse cara al viento, que escora con facilidad; ahora el aumento de la fuerza del viento hace que se incline levemente. Muy lejos, hacia el golfo de León se ve el resplandor de una

tormenta. Podría tomar un rizo a la mayor y cambiar el génova por el foque, pero quizás porque acabo de escuchar el tiempo en la radio y sé que no refrescara hasta dentro de unas horas, prefiero esperar. Por suerte mi decisión ha sido correcta; al cabo de veinte minutos, el viento vuelve a amainar y sopla entre diez y doce nudos, y ya no cambiará hasta que lleguemos a Barcelona.

Respiro tranquilo. El barco navega con comodidad, sin escora. Vuelvo a cazar las velas y, mientras realizo la operación, la cabeza de Sylvia aparece por el tambucho.

—¿Algún problema? —pregunta medio adormecida.

—Todo está en orden. Pronto se hará de día. Duerme, si quieres un poco más. Ya te despertaré.

Pero ella hace caso omiso de mis palabras; se despereza y la oigo trajinar por la cabina. Un poco más tarde, por el respiradero de la cocina me llega el olor del café.

Sale a cubierta con una taza en cada mano.

—¿Quieres?

Bebemos el café, con el sabor especial que el mar otorga. Un café en medio de una travesía sabe distinto, se saborea como si fuese la primera vez.

—Gracias —digo—. Me fumo un cigarrillo y después me voy a dormir.

Estamos unos minutos los dos en cubierta.

Cuando bajo a la cabina, todavía no ha amanecido.

—Si hay algún problema, avísame.

—No te preocupes —dice Sylvia.

La frase me suena familiar, dulce. Me estiro en la litera y enseguida me duermo.

Del resto de la noche solo me queda el recuerdo de un sueño, de una hija futura de quien, al despertar, apenas conservo una imagen difusa... la presencia de unos ojos imaginados.

Sylvia se queda afuera y pasa las horas de guardia sin hacer ruido, y sin que la navegación suponga ninguna dificultad.

Cuando me despierta es casi mediodía.

La primera imagen que me viene a la cabeza es la niña del sueño, y me

pregunto si será verdad, tal como hace unos años le sucedió a Sylvia conmigo, que en el mundo de los sueños se pueden encontrar personas a quienes todavía no conocemos.

Me lavo la cara y me acerco a la cocina para tomar café y comer alguna cosa. Caliento agua y preparo unas tostadas con queso. Pienso que me gustaría acompañar el desayuno con algo de vino. Busco en la cocina y me doy cuenta de que no solo falta el vino, sino que también ha desaparecido la botella.

—¿Te has bebido el vino que quedaba para desayunar? —pregunto con incredulidad.

—¡No, hombre no! He tirado la botella por la borda —contesta Sylvia sin darle importancia, al tiempo que alarga su brazo para coger una de las tostadas.

Pero intuyo que la frase que ella dijo anoche “no tires el corcho”, tenía como objetivo enviar un mensaje al mar. Es una buena costumbre, y entiendo que en la última noche de navegación haya querido despedirse.

Algunas horas más tarde, cuando ya estamos llegando a Barcelona y se ve el perfil de la sierra de Collserola y el Tibidabo, Sylvia, dice:

—¿Sabes qué hice con la botella?

—Me lo imagino.

—Escribí una carta. Tenía ganas de expresarme y no pude resistir la tentación. ¿Quién sabe si alguien la encontrará en algún lugar del Mediterráneo?